

MARTÍN F. RÍOS SALOMA

LA RECONQUISTA
Una construcción historiográfica
(siglos XVI-XIX)

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Marcial Pons Historia

2011

Índice

| | Pág. |
|---|------|
| PRÓLOGO, por María Isabel Pérez de Tudela | 15 |
| ABREVIATURAS | 19 |
| PREFACIO | 21 |
| INTRODUCCIÓN | 25 |
| | |
| CAPÍTULO I. LA «PÉRDIDA Y RESTAURACIÓN DE ESPAÑA» EN LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XVI: UN VIEJO MITO PARA NUEVOS TIEMPOS | 41 |
| Las historias generales de España en el siglo XVI | 43 |
| La «pérdida y restauración de España» en las crónicas del siglo XVI. | 46 |
| <i>Florián de Ocampo (1499?-1558?): un intento fallido</i> | 47 |
| <i>Ambrosio de Morales (1513-1591): el encuentro con los orígenes</i> | 49 |
| <i>Prudencio de Sandoval (1560-1620): un continuador</i> | 56 |
| <i>Esteban de Garibay (1533-1599): una excepción</i> | 59 |
| <i>Juan de Mariana (1535-1624): la exaltación de un mito</i> | 68 |
| Las historias regionales del siglo XVI: entre la originalidad y la imitación | 76 |
| <i>Tirso de Avilés (1517-1599): el Reino de Asturias</i> | 76 |
| <i>Miguel de Luna (ca. 1545-1615): una perspectiva granadina y morisca</i> | 78 |
| <i>Jerónimo de Zurita (1512-1580): la Corona de Aragón</i> | 81 |
| Construyendo la moderna identidad catalana | 87 |
| <i>Francisco Diago (1562-1615): exaltando la capital del condado</i> . | 88 |
| <i>Jerónimo de Pujades (1568-1635): exaltando la historia del principado</i> | 90 |

| | Pág. |
|---|------|
| CAPÍTULO II. LA «PÉRDIDA Y RESTAURACIÓN DE ESPAÑA» EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII: UNA LENTA TRANSICIÓN HACIA NUEVOS PLANTEAMIENTOS HISTORIOGRÁFICOS | 95 |
| La restauración de España: campo fértil para la inventiva barroca | 96 |
| El mito de la «pérdida y restauración de España» al servicio de la monarquía..... | 98 |
| <i>Josef Micheli y Márquez (?-?): la sacralización de don Pelayo ...</i> | 100 |
| <i>Diego Saavedra Fajardo (1584-1648): la restauración de España al servicio de la política exterior</i> | 102 |
| <i>Alonso Núñez de Castro (1627?-?): entre la invención y la legitimación de los orígenes de la monarquía</i> | 107 |
| La pérdida de España y la construcción de la identidad catalana en el siglo XVII | 110 |
| <i>Andreu Bosch (?-?): exaltando el valor y la grandeza catalanas ...</i> | 112 |
| <i>Joseph Blanch (?-1672): restaurando la sede de Tarragona</i> | 113 |
| <i>Esteban de Corbera (?-1635): la historia peninsular desde una óptica catalana.....</i> | 114 |
| La «pérdida y restauración de España» en la historiografía ilustrada: una lectura en claves «etno-patrióticas» | 118 |
| <i>El marqués de Mondéjar (1628-1708): los inicios de una crítica histórica</i> | 120 |
| <i>Narcís Feliu de la Peña (?-1710): el punto de vista catalán</i> | 126 |
| <i>Juan de Ferreras (1652-1735): un viejo mito para nuevos tiempos</i> | 132 |
| <i>Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781): la historia como instrumento de la verdad</i> | 135 |
| <i>Juan Francisco Masdeu (1744-1817): una visión crítica.....</i> | 137 |
| <i>Joseph Manuel Martín (?-?): una visión de conjunto.....</i> | 142 |
| <i>Fray Manuel Risco (1735-1801): una historia erudita pero providencial.....</i> | 144 |
| <i>José Ortiz y Sanz (1739-1822): un indicio a finales del siglo XVIII .</i> | 147 |
| CAPÍTULO III. LA RECONQUISTA EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX: UNA REINTERPRETACIÓN EN CLAVES ROMÁNTICAS Y NACIONALISTAS | 153 |
| La historiografía del siglo XIX: algunas características | 155 |
| Los franceses: esos nuevos invasores | 161 |
| Una década en búsqueda de respuestas: 1840-1850 | 165 |
| El siglo VIII visto desde fuera | 165 |
| <i>Samuel Astley Dunham (?-1858)</i> | 166 |
| <i>Louis Romey (1804-1876).....</i> | 169 |
| <i>Amèdec Paquis (?-?).....</i> | 171 |

| | Pág. |
|---|------|
| <i>Victor Du-Hamel (1810-1870)</i> | 172 |
| <i>Eugène Saint-Hilaire (1805-1889)</i> | 173 |
| El siglo VIII visto desde dentro | 177 |
| <i>Eugenio Tapia (1776-1860)</i> | 177 |
| <i>Juan Cortada y Sala (1805-1868)</i> | 180 |
| Vindicando a los condes catalanes | 190 |
| <i>Próspero Bofarrul y Mascaró (1777-1859): una lectura en claves patrióticas y nacionalistas</i> | 192 |
| <i>Pablo Pi Ferrer (1818-1848) y Francisco Pi y Margall (1824-1901): exaltando las bellezas (y la historia) de Cataluña</i> | 196 |
| <i>Andrés Avelino Pi y Arimón (1793-1851): el gusto por la erudición</i> | 200 |
| | |
| CAPÍTULO IV. LA RECONQUISTA EN LAS HISTORIAS GENERALES DE ESPAÑA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX: TRES LECTURAS Y DOS PROYECTOS DE NACIÓN | 207 |
| Historias liberales | 209 |
| <i>Modesto Lafuente (1806-1866): un punto de inflexión</i> | 210 |
| <i>Fernando Patxot y Ferrer (1812-1859): exaltando el iberismo</i> ... | 220 |
| <i>Antonio Cavanilles (1805-1864): un «liberal-conservador»</i> | 226 |
| <i>Eduardo Zamora y Caballero (1835-1899): la Reconquista, origen de la nación</i> | 230 |
| Historias republicanas | 235 |
| <i>Miguel Morayta y Sagrario (1839-1917): un maestro aventajado</i> . | 235 |
| Historias conservadoras | 244 |
| <i>Víctor Gebhardt y Coll (1830-1894): una mirada «objetiva»</i> | 245 |
| <i>Manuel Merry y Colón (1835-1894): una mirada católica e integrista</i> | 254 |
| | |
| CAPÍTULO V. LA RECONQUISTA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX: ENTRE PRÁCTICA HISTORIOGRÁFICA, LEGITIMACIÓN POLÍTICA E IDENTIDAD COLECTIVA | 263 |
| La Reconquista en la historiografía universitaria: Diego Bahomonde y Lanz (?-?) | 264 |
| La Reconquista entre los eruditos: José María Escandón (1808?-1869) | 266 |
| La Reconquista en la historiografía popular: el proyecto de Eusebio Martínez de Velasco (1836-1893) | 268 |
| La Reconquista en las historias locales | 275 |
| <i>Los hermanos Oliver y Hurtado: la importancia de la geografía.</i> | 275 |
| <i>José Duarte de Beluga (?-?): la importancia del centenario</i> | 276 |

| | Pág. |
|--|------|
| <i>Francisco Jiménez Campaña (1850-1916): la importancia del sermón</i> | 277 |
| <i>Francisco Simonet y Baca (1829-1897): la importancia del arabismo conservador</i> | 279 |
| La Reconquista en la historiografía catalana de la <i>Renaixença</i> | 281 |
| <i>Víctor Balaguer y Cirera (1824-1901): el último romántico</i> | 282 |
| <i>Antoni Bofarull y Brocá (1821-1892): el primer positivista</i> | 286 |
| <i>Antoni Aulestia y Pijoan (1848-1908): un catalanista</i> | 291 |
| <i>Norbert Font y Sague (1873-1910): un científico</i> | 295 |
| La contribución de los académicos de la historia (1860-1892) | 298 |
| <i>Tomás Muñoz y Romero (1814-1867): los orígenes del medievalismo español</i> | 299 |
| <i>Emilio Lafuente Alcántara (1825-1868): estudiando a los africanos</i> | 302 |
| <i>Aureliano Fernández Guerra (1816-1894): el destierro de la Cava</i> | 303 |
| <i>José Caveda y Nava (1796-1882): el positivismo al servicio de la verdad</i> | 306 |
| <i>Francisco Codera y Zaidín (1836-1917): el arabismo al servicio de la historia de Aragón</i> | 310 |
| <i>Eduardo Saavedra y Moragas (1829-1912): ¿punto y final?</i> | 312 |
| El proyecto canovista y su visión de la historia de España | 317 |
| CONCLUSIONES | 323 |
| FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA | 335 |

Prólogo

Aunque pudiera parecer un lugar común afirmar que la Universidad sigue encontrando, hoy como en el lejano ayer de su primera andadura, su más prístino sentido en la definición de «comunidad de maestros y discípulos», sin embargo yo no logro, en este momento y ante el amable encargo que me ha hecho mi querido colega Martín Ríos Saloma hilvanar discurso alguno si no es partiendo de este aserto.

Y es que tengo en la memoria el día, no tan distante, en que un joven mexicano se matriculó en la asignatura de doctorado que sobre «las fronteras hispanas» yo me proponía impartir. Ya en aquel seminario Martín atrajo mi atención y la de sus compañeros con sus muy atinadas intervenciones. Unas intervenciones que nos permitieron a todos —a mí, la primera—, ampliar los horizontes de un curso que, aunque de partida sólo pretendiera abarcar el ámbito medieval hispano, pronto vio cómo se desbordaban sus aguas en el espacio y en el tiempo. Porque el alumno americano venía con una valija repleta de interrogantes acerca de sus orígenes y de los nuestros, de su identidad y de la nuestra, acerca, en definitiva, de esas cuestiones que tanto preocuparon a nuestros padres y sobre las que se enzarzaron en acaloradas controversias. De modo que al compás de sus preguntas y al ritmo de sus sugerencias el «enigma español», o el «ser de España», volvió a irrumpir en mis planteamientos teóricos y en nuestros debates académicos pero con perspectivas y argumentos propios, no sólo de la orilla occidental del Atlántico, también de la oriental.

Y fue su curiosidad la que nos llevó a los dos, una vez concluido aquel curso escolar, a emprender el apasionante camino de una tesis doctoral, la suya, en principio orientada a descubrir el momento y las circunstancias en que apareció el vocablo reconquista. Esto es, de rastrear los orígenes de un término de gran éxito, llamado a convertirse en lo que era entonces, una categoría historiográfica.

Pero como el vocablo tardaba en aparecer, Martín Ríos se vio precisado a indagar de qué forma habían abordado los más reconocidos historiadores de la España moderna, el tratamiento del período que, abierto con la irrupción de los musulmanes en la Península Ibérica y su apoderamiento de la práctica totalidad de la misma, sólo se culminó con la gestación, consolidación y plasmación teórica de los movimientos de resistencia entre la población autóctona.

Fue así como, casi sin pretenderlo, su investigación, concebida, al menos por mí, como clásica y puntual, pasó a convertirse en empresa renovadora y de largo recorrido. De largo recorrido porque Martín Ríos tuvo que avanzar hasta el siglo XIX, para encontrarse con el objeto de su búsqueda; renovadora, porque en el camino no tuvo otra opción que tratar de incardinar las sucesivas visiones historiográficas en las coordenadas de sus respectivos tiempos históricos.

Pero durante aquellos años, en que él investigaba y yo tutelaba su quehacer científico, progresábamos los dos. Él, porque iba construyendo sobre bases muy sólidas el coherente edificio de lo que sería su tesis doctoral. Yo, porque, al compás de sus progresos, tenía la oportunidad de ampliar, matizar y, también en ocasiones, revisar mis propios saberes sobre momentos y figuras cardinales de la historiografía hispana.

Durante ese tiempo hablamos, hablamos mucho sobre todo lo concerniente a nuestro proyecto estudioso y hablamos más, si cabe, de temas colaterales: de política, de sociedad, de religión... A él le interesaba la experiencia española y a mí me seducía la mexicana, presentada por el discurso y las reflexiones de un observador tan joven como lúcido. Fue un viaje, no demasiado largo, porque Martín Ríos no perdía el tiempo, pero ciertamente muy intenso, que culminó con la presentación de una tesis doctoral que mereció la máxima calificación.

Y la consecuencia de ese viaje es el libro que ahora, con el título La Reconquista. Una construcción historiográfica, publica la editorial Marcial Pons Historia. Un libro ciertamente de rigor científico —la implicación de Marcial Pons Historia ya es en sí misma garantía de calidad— de imprescindible lectura para todos cuantos se interesen por temas historiográficos.

Además, los lectores que paseen por sus páginas se encontrarán, presentados por la muy ágil pluma de su autor, con una espléndida galería de cuadros históricos. La que fueron pintando, para enseñanza y lección de coetáneos y sucesores, los más sobresalientes intérpretes de nuestro pasado. Unos cuadros que, valorados en toda su dimensión, no sólo nos informan sobre el sentir de los artífices que los compusieron, sino sobre las coordenadas ideológicas de las sociedades que los demandaron. Pero hay más, porque, como los acontecimientos que interesan a

Martín Ríos giran en torno a uno de los episodios más trascendentales del pasado histórico hispano, esa galería es también reflejo y expresión del diálogo que generaciones de españoles, sucesivas en el tiempo y dispersas en la geografía, mantuvieron entre sí a lo largo de las centurias, con el propósito, unas veces inconsciente, otras consciente, de precisar los tiempos, identificar los hitos y desentrañar las circunstancias en las que, al menos teóricamente, se cruzaron los destinos de unas comunidades dispersas y, aun antagónicas, para emprender un itinerario común.

Y es que aquel joven mexicano que aterrizó en Europa con ansias de conocimiento y afanes de renovación ha logrado conseguir en pocos años lo que, a mi entender, parecía tarea ardua y prolongada: abordar el que sin duda es uno de los temas medulares de la historiografía española más reciente y también de la historia medieval hispana con rigor magistral y probada independencia. Rigor analítico alcanzado a partir de la aplicación de depuradas y muy actuales técnicas metodológicas y rigor sintético, combinado con una notable claridad expositiva. Pero el trabajo que presento aun brillando por estos rasgos, lo es aún más por la independencia de que hace gala su autor.

Porque no es tarea fácil abordar una cuestión de evidentes raíces identitarias, y con más evidentes aún proyecciones y entronques polémicos, con autonomía y neutralidad. Hay que reconocer que el autor ha podido gestar su obra gracias a una peculiar mezcla de circunstancias personales. Porque trabajó en España, desde presupuestos españoles y con información española, eso sí, con la mirada siempre puesta en el hispanismo de fuera. Y porque lo hizo con el desapasionamiento propio de quien no estuvo ni está condicionado por las escuelas historiográficas de aquí, ni influido por las corrientes ideológicas y los postulados políticos inevitablemente vinculados con todo cuanto se refiere al vocablo reconquista.

Su mérito, haber diseñado el programa vital que le guió por los derroteros que le han conducido a estos puertos.

Yo, por mi parte, quiero concluir estas líneas con una consideración y un deseo. La consideración tiene que ver con los problemas que, relativos al diálogo con sus pasados más o menos recientes, atentan y comprometen el futuro de muchas sociedades europeas. El deseo se refiere al papel que los historiadores profesionales debieran desempeñar en los susodichos conflictos. Porque si sobre algo no cabe albergar duda, es sobre que la Historia sigue teniendo, hoy como en los más remotos ayer, un papel fundamental en la articulación de las comunidades humanas y en las relaciones de las mismas entre sí. En estas circunstancias parece recomendable que sean los historiadores profesionales los que asuman la responsabilidad de interpretar el pasado. Y que ellos lo hagan con el rigor e independencia a que están obligados por oficio. Sin duda por

estas vías, se reducirían considerablemente las visiones maniqueistas, tan presentes en los últimos tiempos.

Si además se abstuvieran de utilizar categorías nacidas con propósitos políticos y fines excluyentes, como es el caso de la que se identifica con el vocablo que da nombre al libro que nos ocupa, se podrían soslayar, pienso, tantas visiones unilaterales y compartimentadas como las que menudean en nuestros foros políticos. Pero reconozco que es difícil, por no decir imposible, erradicar un término como el de reconquista con una trayectoria más que secular, durante la cual ha cobijado una abultada producción historiográfica y sustentado acendradas convicciones.

Madrid, 2 de mayo de 2010

M.^a Isabel PÉREZ DE TUDELA VELASCO